

C.E.N.A.  
863.6  
A694b  
C.R.

HEREDIANA

ARGÜELLO M

B. N.

250



# LA BELLA HEREDIANA

---



MANUEL ARGÜELLO MORA

# La Bella Herediana

El Amor á un leproso

Novelitas de costumbres costarricenses



SAN JOSÉ DE COSTA RICA  
IMPRESA Y LIBRERIA ESPAÑOLA

*María v. de Linares*

1900

Margarita Obregón Lora

## La bella herediana



CRUZA las selvas de la costa atlántica el frío aquilón que en sus inmensas alas nos trae los acres perfumes del Sarapiquí y del magestuoso San Carlos. A su impulso bambolean las ramas del jocotero en que se mece el pájaro que guarda el nido de sus hijuelos.

Y las cristalinas gotas de rocío que tiemblan sobre las hojas de los jazmines y rosales, suben al límpido y azul cielo metamorfoseadas en el suave vapor con que se forma el *Iris* de los siete colores, al contacto de los calientes rayos de luz que prodiga el astro rey, que algunos llaman Dios.

Y Elena rie, canta y admira la imagen de su lindo rostro, reflejado por el único amigo que no adula á las mujeres, el espejo.

Todo lo que la rodea, y ella misma, la risueña y encantadora niña, son la palpitante representación del movimiento, de la vida primaveral y de la dicha.

Y los ricos señores de San José, y las bellas

damas que habitan las lujosas residencias del Parque de Morazán, ignoran y no comprenden que tales cosas existan á ocho millas de la capital.

Sin embargo, este que parece un cuento, no es una fábula ni una exageración siquiera. Para tocar la verdad, lectoras curiosas, tomad el tren de Alajuela, y al pasar por la estación de San Joaquín, dirigid vuestra vista hacia el Norte del pueblecito, y veréis una mitad de casita sobre suave colina. Apenas se distingue la roja techumbre, dos ventanas con verdes celosías, y una de las blanqueadas paredes; pero, la imaginación adivina y reconstruye el resto. Allí es donde mora la linda campesina, y en el corral revolotean mil palomas, ánades y pavos, y en la atmósfera que la rodea, las doradas mariposas liban el néctar de mil perfumadas flores.

Allí es donde habita la bella aldeana que todos admiran y todos aman. Las horas del día corren desapercibidas para Elena que pasa el tiempo enamorada de sus amores, y las noches, mecida por los ensueños de su imaginación tropical.

La inocente niña no tiene nada que envidiar al pájaro que canta, á la estrella que brilla, ni al perfume de las flores; porque ella es tan inocente como la avecilla, tan pura como la flor, y tan simpática como la estrella; y como ellas, Elena vive en la inconsciencia del mal, é ignora el misterio de la muerte, y del *no ser*, y no comprende el dolor ni el sufrimiento. Ella ama y crce, y eso basta y sobra para hacer que su vida esté llena de encantos.

La fé del adolescente, y á los quince años el amor, son destellos celestiales, cuyos recuerdos alumbran y calientan las nevadas estepas de la edad madura y los tristes crepúsculos de la senectud.

Elena cree en una Providencia bienhechora, que vela y protege la inocencia y la debilidad, y ama con ardiente pasión á un joven josefino de arrogante y aristocrática apostura. Ignora el nombre del que adora; no sabe si es pobre ó rico, venturoso ó desgraciado, necio ó inteligente; y no se da cuenta á sí misma del sentimiento que la domina y arrastra su corazón.

¿Quién es el mortal privilegiado que ha podido inspirar tan puro amor? ¿Quién es Elena, campesina que nos ocupa?

\*  
\*  
\*

En 1870 vivía en San Joaquín Antonio Alvera, carpintero de lo fino; vió á Justa Revelo y la adoró. Justa se sintió amada y correspondió. Se casaron y se quisieron. En prueba de ello, diez meses después de la ceremonia nupcial, nació Rafael, primer retoño de su cariño, y cinco años más tarde apareció Elena. Cuando Rafael cumplió dieciocho años y Elena doce, una doble desgracia los dejó huérfanos, casi abandonados, pero dueños de un capital acumulado por el trabajo de Antonio y Justa. Una epidemia de esas que las mieles del café producen casi periódicamente, hizo desaparecer en un mismo año al padre y á la madre.

Rafael es un mozo de sano juicio y gran corazón. Carpintero ebanista como su padre, y hermano de Elena, su ensueño dorado, fue, y ha sido la felicidad de su hermana, casandola bien, elevándola y enaltecéndola, y haciendo de ella una matrona, aunque solo sea matrona en San Joaquín.

Elena no entiende esas ambiciones, ni trata

de comprenderlas. Ella solo sabe una cosa, y esa cosa la sabe bien y la siente aun mejor, y es que hay por ese mundo de Dios un cierto joven ante quien, sin conocerlo ni tratarlo ella renunció su libre albedrío. Una mañana de Mayo, la inocente niña miraba, sin ver, los árboles, las flores y los esmaltados insectos que en ese mes pululan en el campo. Sus ojos parecían ver, sus oídos escuchar y su espíritu pensar; mas, no había tal; porque ella no veía, ni oía, ni pensaba. Una suave *reveri* la mecía y acariciaba dulcemente, haciéndola soñar despierta, en un mundo desconocido y poblado de amores, de amistades y de simpatías indefinidas é indeterminadas.

La sombra de un objeto que pasaba, la volvió á la realidad y su atención se fijó. Frente á su casa iba montado en fogoso obero, un joven bien parecido, con botas á la Federica y sombrero Bolívar negro. El caballero á su vez, miró atentamente á la joven, y la saludó con todo respeto. Los ojos de Elena cruzaron sus rayos en los del elegante mancebo, y..... se hizo la luz en el corazón de ambas personas. Cuando él llegó á la estación ya no iba solo; el alma de Elena lo seguía, y la linda campesina sintió que desde ese instante ella tenía dos almas, la suya, y la del bello pasajero, cuya imagen la rodeaba con el suavísimo éter de un amor naciente.

Esto sucedía en Mayo. En Diciembre del mismo año, ya nuestra enamorada pareja había grandemente *jalado*, como dicen mis amables compatriotas, los costarricenses; ó *migueleado*, estilo del Salvador, ó *tenido amores*, como se expresan los guatemaltecos. Todo el barrio sabía estas cosas y Rafael no podía ignorarlas. No le disgustaba á éste que su hermana fuera amada por un joven de alta alcurnia; pero sí le preocupaba mucho la

naturaleza de aquella afección. ¿Se trataría solo de pasar el tiempo con Elena, ó de un sentimiento realmente serio y con honestas pretensiones? Rafael no titubeó en averiguarlo y se lanzó, como se dice, á los cuernos del toro.

∴

Pero antes de seguir mi relato, preciso es decir quien es el dichoso objeto de la pasión de Elena. Jorge Palacios y Valdespina, arrogante muchacho de San José, contaba ventitrés años de edad, de los cuales pasó diez en Francia educándose, no como hacen la mayor parte de nuestros pisaverdes que van á Europa á olvidar el español, y á mal aprender el francés ó el inglés y vienen á Costa Rica inflados de vanidad y de estupidez, que es una mezcla poco lucrativa, y titulados por las sabias academias de Maville, de Chateau des Fleurs ó del café de los Embajadores. Jorge hizo sus cursos completos hasta obtener el bachillerato en ciencias y en letras. No adoptó una profesión lucrativa porque no la necesitaba, siendo heredero de una de las más limpias y grandes fortunas de este país.

Comó se ve, la situación no era para esperar que del amor de un joven aristocrático, rico y de distinguida educación resultara una unión legítima con una campesina, rica ciertamente, pero al fin hija del carpintero Antonio Alvera.

Con todo eso y á pesar de esa desigualdad de posiciones, Rafael, con su natural franqueza y su ingénita lealtad, se presentó en casa de Jorge y sin rodeos le planteó la cuestión.

«Caballero, dijo á Jorge, Ud. ama á mi hermana, lo cual nada tiene de nuevo ni de extraño.

Pero ese amor puede ser un mero pasatiempo ó un medio legítimo de llegar á un fin honroso y aceptable. ¿Cuáles son sus intenciones?... Espero buena fe absoluta en su respuesta y creo no equivocarme al juzgar á Ud. como un completo caballero.

— Con igual franqueza, contestó Jorge, explicaré á Ud. mi situación azás difícil y penosa. Amo con toda mi alma á Elena, y no vacilaría un solo instante en casarme con ella, si un compromiso anterior no me lo impidiera. En efecto; cuando yo no conocía á su hermana, ni el amor siquiera, á instancias de mi familia visité y rendí homenaje, aunque frío y nacido más de mi cabeza que de mi corazón, á una distinguida joven de las mejores familias de San José, rica, bien nacida y educada como se educan las nobles y virtuosas hijas de la aristocracia americana; Mercedes Almagro es su nombre. Fuí bien aceptado y un serio compromiso se efectuó entre nosotros. Verdad es que esos esponsales fueron más bien la realización de proyectos anteriores de mis padres y de los de Mercedes. Sea como fuera, cambiamos anillos, nos escribimos amorosas cartas, y en San José todos los corrillos hablaban y tenían á Mercedes como á mi novia en toda forma. Después ví á Elena y comprendí que amaba en realidad por vez primera; la adoré, y deplorando el compromiso en que mi corazón no tenía parte, maldije la hora en que incautamente contraje y remaché el futuro lazo, que hará la desgracia de mi vida.

Así habló Jorge. A Rafael no le quedó duda alguna sobre su buena fé y su lealtad, así fué que contando con esas dos virtudes, el cariño que tenía á su hermana le sugirió la idea de cortar el nudo que hacía imposible el ventajoso enlace que satisfaría por completo todas sus aspiraciones.

Para lograr este fin era preciso la entera y decidida voluntad de Jorge, por lo cual comenzó su plan explorando el terreno, ya bastante claro, sobre las intenciones y fuerza de carácter de su futuro cuñado.

—Comprendo, le dijo Rafael, que Ud., Jorge, no puede retirar su palabra empeñada voluntariamente; pero yo desearía saber lo que Ud. haría en el caso de que, sin un motivo deshonroso para Ud. la misma Mercedes retirara la suya ó suplicara á Ud. que la dejara en libertad de contraer otros lazos. Contésteme con franqueza.

—Le juro por mi honor, Rafael, contestó Jorge, que ese acontecimiento sería el hecho más agradable de mi vida. Pero dudo mucho que eso se verifique, pues, aunque peque de poca modestia, le diré que Mercedes me ama y aspira á ser mi esposa.

—Muy bien, dijo Rafael, esa es empresa que yo osaré ensayar. Ud. nada tiene que hacer, sino esperar su liberación, que le vendrá á su debido tiempo y del modo más honroso para Ud.

—Ud. me llena de esperanza y de placer, pues me proporciona y facilita la manera de poder casarme con Elena, que es mi más ardiente deseo.

—Para lograr mi intento, necesito dar ciertos pasos que le parecerán á Elena y á Ud. extravagantes é incomprensibles; pero es el único camino de llegar á donde queremos llegar.

No me pida explicaciones de los hechos que Ud. contemplará sin comprenderlos; solo le suplico que ponga grande atención á lo que voy á decirle y que las cosas se hagan como lo dejaré arreglado.

Inmediatamente y por el próximo vapor tomaré pasaje en Limón y partiré para Inglaterra. Algunas semanas después de mi llegada á Europa, yo

haré imprimir expreso un papel que imite un diario de tantos que se publican en el viejo mundo. En ese diario, se contará, en una gacetilla, que un buque llamado X salió de Marsella con pasajeros, y en la travesía naufragó, pereciendo todo lo que allí había. Entre los pasajeros ahogados ó quemados estará mi nombre. Hagan Uds. mucho ruido con mi supuesta muerte, llevando Elena el luto de estilo, etc., etc. Dos años después volveré al país; pero con un nombre supuesto. Uds. no deben reconocerme ni hablarme, pues mi muerte debe ser un hecho indudable, lo cual es indispensable para los fines que me propongo. Dichosamente nuestros padres nos han dejado una fortuna bastante saneada y suficiente para poder vivir decentemente con solo la renta, sin tocar el capital.

Jorge no se explicaba cómo todos esos viajes y el disfraz de la persona de Rafael podían contribuir á libertar su palabra comprometida con Mercedes; más todavía; no creía que Rafael consiguiera su objeto; pero, como no podía hacer otra cosa, esperó los resultados.

Una tía materna fué solicitada por Rafael para que acompañara á Elena durante su ausencia. Los dos amantes fueron autorizados para seguir tratándose, siempre vigilados por la tía.

Hechos los arreglos de fondos, compra de letras etc., etc., se despidió Rafael de sus conocidos y deudos y tomó el tren para Limón.

El *Atrato*, con escala en Colón, Jamaica y Barbada, zarpó de Limón una hermosa tarde de Abril llevando á su bordo á Rafael y su buena ó

mala estrella. Elena y Rafael no eran unos campesinos vulgares é ignorantes. Habían recibido la educación que hoy se dá en las capitales de provincia. Rafael hizo sus cinco cursos en el Colegio de San José, y Elena estuvo cuatro años en el Colegio de las Hermanas de Sión; sabían ambos lo indispensable para no hacer un mal papel en la sociedad y solo les faltaba la elegancia y finura de modales, que no se aprende en las escuelas y solo se adquiere en el trato con la gente de buena compañía. Eso fué á buscar nuestro héroe de San Joaquín. Con buenas cartas de recomendación que presentó en Londres, fué introducido en algunas casas de comerciantes humildes, lo cual unido al continuo trato que durante dos años tuvo con la familia que lo hospedaba, completo su educación, pues vivía en un *boardinghouse* ó casa de huéspedes en cuyos lugares el *border* ó inquilino hace sus comidas en la mesa de familia y generalmente pasa sus *soirees* en unión de los demás inquilinos en el salón común, donde se toca el piano, se canta y los días festivos se hacen *pic-nics* en el campo con la misma sociedad. Rafael, mozo inteligente y de levantado espíritu, pronto se puso al tanto y al nivel de las gentes que trataba. Con grande facilidad para hablar los idiomas extranjeros, á los seis meses de práctica ya se le notaba apenas el acento español que nunca se pierde. Asistía con frecuencia al teatro, á los museos de pintura y frecuentaba las bibliotecas públicas. Se hacía vestir por un sastre de moda, y muy luego fué notado en su posada por la elegancia de sus bien cortados paletots. En una palabra, Rafael consiguió lo que buscaba: finura de modales, maneras sueltas y naturales, y sobre todo, costumbre de bien tratar al bello sexo. Como, además de rico, nuestro amigo era muy buen mozo, de alta estatura, blanco, cabello na-

turalmente rizado y con un bigotillo que desesperaba á las hijas de Albión, nadie habría reconocido en él al carpintero de San Joaquín. Al cabo de dos años determinó venirse á practicar las misteriosas operaciones que debían liberar á Jorge de su compromiso.

Mientras tanto, Rafael corría por muerto en naufragio, según lo aseguraba un diario inglés, cuyo origen conocen nuestros lectores. Sólo Jorge y Elena sabían que no había tal naufragio y que Rafael vivía.

..

Era una tarde de Agosto. Las banquetas del parque de Morazán parecían dos cordones de flores; pero de flores animadas, que aman, que piensan y rién. La crema josefina de ambos sexos anima esa parte del paseo, que antes fué solitaria laguna, sólo por patos silvestres habitada, y sin más atracción que el monótono canto de las ranas.

Mil volantas rivalizan con los tilbury y los landó y alguna que otra victoria, humillando al modesto coche de alquiler; y todos pasan rápidos, cruzan, vuelven y revuelven frente á aquel Areópago del amor y de la belleza. En ese torneo del lujo y de la riqueza es vencedor y dueño del campo, un joven extranjero, que al trote de dos caballos ingleses, y recostado en su elegante cupé, recorre la línea distraído y como inconsciente de lo que á su alrededor sucede. Su cochero es un gigantesco negro, vestido con librea azul, sombrero de seda con el escudo y pluma de estilo y porte solemne de criado de casa grande.

¿Quién es él; de donde ha venido? ¿Qué hace

aquí?... Problemas insolubles que tienen desesperados á algunos jóvenes impacientes, y enfermas á algunas comadres, víctimas de una curiosidad excitada hasta el paraoxismo. Pero nada han logrado descubrir los esfuerzos combinados de la envidia de los hombres, con los de la caridad.... de las mujeres.

Lo único claro en este oscuro negocio, es lo siguiente: Hace unas cuatro semanas que desembarcó en Limón un pasajero que tomó los mejores cuartos del hotel de Benedictis y allí llegó precedido de un grande y pesado equipaje, que cuidaba un criado inglés. El amo y los criados hablaban solo en inglés, y no se comunicaban con nadie. En el libro de registro del hotel fué inscrito el amo con el nombre de Mr. *Percival*, procedente de Londres.

Entre los espectadores que esa tarde ocupaban las banquetas del Parque, se podía notar por su belleza personal y el buen gusto de su vestido, una adorable joven, que respondía al nombre de Mercedes Almagro, la rica y aristocrática joven que el lector conoce. Rodeada por un corrillo de adoradores, á quienes hacía poco caso, y cuyos homenajes parecían más bien fastidiarla que alagar sus sentimientos, dirigía sus miradas encantadoras á determinado punto del oleage humano formado por los que iban y venían en la ancha avenida.

\* \* \*

Entre las varias bromas de dudoso gusto, que salían de los vulgares cerebros de sus aduladores, la más apetecida y quizás la única que no des-

agradaba á Mercedes, era la que se refería al modo de ser del extranjero. Afirmábasele aquellos pollos: que el joven Percival, á pesar de su aire habitual de indiferencia y de fastidio, al pasar frente á Mercedes, fijaba sus ardientes ojos negros con extraña y notable insistencia y tenacidad, en el grupo que servía de aureola á la hija de Almagro, ó más bien, en la joven misma, y esto no una, sino las muchas veces que por ahí pasaba. El hecho debía ser muy agradable á Mercedes, según lo demostraba el carmín de sus mejillas y el brillo de sus ojos en el momento en que de eso se trataba.

¿Era una simple cuestión de amor propio satisfecho, ó el prólogo de algún poema naciente del corazón?....

La vanidad es un elemento tan poderoso en la mujer, que, en la mayor parte de los casos, ella misma no acierta á distinguir el lindero que la separa del amor. Quizás por su misma debilidad, el sexo bello aspira, ante todo, á triunfar, á vencer. Y el placer del triunfo es tan exquisito y embriagador, que suelen confundirlo las más avisadas con el deleite moral que da el amor, pues que, en último resultado, ser amada es haber vencido, haber sojuzgado un corazón; el amor coloca al hombre en estado permanente de esclavitud con respecto á la mujer amada, y ésta reina en el objeto amante con poder absoluto, más ó menos tiránico y despótico, según la índole del súbdito avasallado. Nada más y nada menos de lo que sucede con los pueblos, que siempre tienen el gobierno que merecen.

Sea pues efecto de la vanidad, del amor ó de la curiosidad (otro diablo tentador de las mujeres,) lo cierto es que á Mercedes le complacía en extremo el ser objeto de la atención de Percival.

Ese sentimiento llegó al paroxismo una mañana que se presentó en su casa el Ministro americano, acompañado del brillante *león*, que fué presentado á la familia de Almagro como un viajero muy recomendado por varias casas respetables de Alemania y Estados Unidos.

Trascurrieron algunas semanas. Las visitas de Mr. Percival fueron cada día más frecuentes á la casa de Almagro, y en los corrillos de desocupados se hablaba ya de un probable enlace de Mercedes con el misterioso viajero.

Mientras tanto, Jorge continuaba considerándose como novio en título de la que nunca había amado verdaderamente, y su pasión por Elena aumentaba cada día. En las raras veces que su anormal posición lo obligaba á asistir á las tertulias ó *soirees* que todas las semanas ofrecía el señor Almagro á sus amigos, había notado Jorge, primero, cierta frialdad de parte de Mercedes; frialdad que con el tiempo se fué acentuando hasta hacerla apercibir por los extraños. ¿Qué motivaba esa indiferencia? ¿Sabía acaso Mercedes los nuevos amores de su novio? Algo le había llegado, mas sólo como un rumor, un *dicen* de esos que corren y no se sabe de donde nacen. Mercedes era bastante orgullosa para temer una rivalidad con persona de tan poco valer como era Elena; así es que fue necesario buscar la causa de su frialdad, no en los celos, que en realidad no sentía, sino en otra clase de impresiones. La verdad es que Percival había sabido encontrar el camino de su corazón, y ella lo amaba sin saberlo, y la molestaba la idea de su compromiso con Jorge, á quien nunca amó con amor ni menos con pasión. Esos esponsales fueron obra de las dos familias Almagro y Palacios. Nunca le desagradó Jorge; pero no lo amó, quizá porque

ya estaba en la obligación de amarlo. Lo cierto es que cuando conoció á Percival, sintió algo que jamás sintiera por Jorge, su futuro marido oficial.

Respecto de Rafael y Jorge, éste conoció á aquél en cuanto lo vió y lo oyó hablar; mas como era convenido, no se manifestó ni se dió por entendido de sus antiguas relaciones; lejos de eso, se hizo presentar al joven Percival por un amigo de ambos.

En cuanto á Elena, no creyó prudente Jorge avisarle de la vuelta de su hermano, por temor de que su verdadero cariño la hiciera cometer una imprudencia que diera al traste con los proyectos de Rafael. Elena ignoraba, pues, que su hermano estuviera tan cerca de ella. Dichosamente, los trabajos de Rafael fueron pensados y ejecutados con tal destreza é inteligencia, que los sucesos se precipitaron, realizándose muy antes de lo que sus actores lo esperaban, como el lector lo verá.

\* \* \*

Aunque Elena tenía gran confianza en las buenas intenciones de su hermano, no por eso dejaba de temer un mal éxito en la empresa difícilísima en que éste se había metido. ¿De qué modo llegaría á disolver los esponsales de Jorge y Mercedes? Eso y la ausencia de su hermano cambió su inocente alegría en una triste, aunque suave melancolía. Dos años hacía que Rafael se había embarcado en Limón, y, fuera del simulado diario que anunció el naufragio convenido, ninguna noticia se había vuelto á tener de Rafael y su fortuna.

Una noche, Elena, después de hacer una corta oración pidiendo á Dios misericordia y protec-

ción para los viajeros y navegantes, iba á recogerse á su cuartito, cuando oyó dar fuertes golpes en la puerta de la calle. ¿Quién podía llamar á esas horas de la noche? Bastante alarmada se dirigió á la puerta y preguntó: ¿quién es?—Soy yo, un conocido tuyo, contestó una voz varonil y en la que se notaba cierta emoción. Elena no conoció al que llamaba; pero esa voz le era simpática, y sin darse cuenta de lo que hacía, abrió confiadamente y se encontró frente á un gallardo caballero que se abalanzó hacia ella y sin más explicaciones la estrechó contra su pecho, derramando al mismo tiempo gruesas lágrimas que tanto podían significar una desgracia como un feliz acontecimiento. «Elena, hermana mía, ¿no me reconoces exclamó el arribante?—¡Rafael, mi Rafael! ¡Dios mío, gracias te doy por tanta felicidad!—y no acababan de verse y contemplarse mutuamente. Cuéntame Rafael, explícame tus excéntricos procedimientos, ven, sentémonos y yo me volvese toda oídos para escuchar. Pero Rafael convenció á Elena que debía esperar hasta el día siguiente que Jorge veniera á almorzar en terno con los dos hermanos, para que todos se impusieran de lo que tanto les importaba.

Efectivamente, después que estuvieron juntos, Rafael tomó la palabra, como se verá en el párrafo que sigue:

—Recordarán ustedes que yo ofrecí desligar á Jorge de su compromiso con Mercedes Almagro. Todo está conseguido, como se convencerán por los documentos que aquí les mostraré. Mi plan era apoderarme del corazón de Mercedes, llamando su atención con lo extraordinario y lo nuevo. Pude lograr mi objeto, presentándome como un extrajero rico, y me facilitó mucho mi labor el hecho de haberme de veras enamorado de la indu-

dablemente bella y buena muchacha. Yo sabía que no fué el amor lo que formó el nudo sponsalicio con Jorge, sino los intereses de familia, así es que estando libre su corazón, mis tentativas de agradarle tuvieron un éxito feliz. Cuando me convencí de la seria pasión de Mercedes y de su sincero amor por el inglés de San Joaquín, determiné decirle la verdad sobre mi familia, nacionalidad y educación. Una tarde que formábamos planes sobre nuestro modo de ser cuando nos uniéramos, pregunté á Mercedes, á quema ropa, si el amor que ella sentía era á Raul Percival, inglés, ó á la persona, quien quiera que fuese, que ella tenía presente. La encantadora niña me contestó: que mi calidad de inglés, rico, la molestaba más bien y moderaba su cariño, pues claro es que ella habría preferido que su futuro esposo fuera un costarricense puro y de pura raza latina: que siendo ella rica no necesitaba que su marido lo fuera. En una palabra, me convencí que me hallaba en frente de una legítima y profunda afección desinteresada, y que emanaba de su corazón y no de su cabeza. Eso me decidió á ser tan leal como ella, y á revelarle mi verdadera posición. La impresión fué tan fuerte, al saber lo cierto, que temí se desmayara, pero su inteligencia se sobrepuso á sus nervios y me ofreció sus dos manos con una divina sonrisa.—¡¡Gracias, dijo, un millón de gracias por tu lealtad!! Te amo Rafael Alvero más que á Raul Percival, porque tu misma conducta al emprender la conquista de mi cariño, es motivada por una sublime decisión de sacrificarte por tu hermana. Un obstáculo solamente se opone á nuestra dicha y es el compromiso celebrado con Jorge, y yo misma lo salvaré. Vamos, escribe, me dijo, y ella me dictó este billete que os presento. El billete decía: «Señor don Jorge Palacios Valdes-

pina. Querido amigo: La afección de nuestros padres preparó y verificó unos esponsales entre usted y yo. Yo no me opuse, porque aunque no amaba á usted, me era simpático y confié en que el amor vendría, casándonos. La Providencia, más sabia que nosotros, dispuso las cosas de otro modo. Usted encontró la mitad que lo completaba y yo encontré el hombre que me estaba predestinado. Espero, pues, que para usted no será una desgracia la disolución de un vínculo impremeditado. Seguramente se encuentra usted en la misma situación en que el destino me ha colocado. Amo á otro, y no quiero engañar á tan apreciable caballero como es usted. Seamos amigos, estimémonos y dejemos rodar la rueda de la fortuna, sin hacerle una resistencia inútil. Adiós mi estimabilísimo ex-novio. Deseo que usted encuentre, por su parte, lo que yo he encontrado sin buscarlo, es decir, la mitad que me completa. Mercedes Almagro.»

—He cumplido, agregó Rafael, lo que ofrecí. Usted es libre, y libre queda también de casarse ó no con Elena.

Un abrazo regado con lágrimas ardientes fué la respuesta de Jorge. Quedó convenido que ambos enlaces se verificarían el mismo día, el de Rafael con Mercedes y el de Jorge con Elena.

## EPÍLOGO

Mil tarjetas de un lujo extraordinario se repartieron por el correo y se reprodujeron en *La República*, *El Herald* y *La Prensa Libre*. En ellas se invitaba á las ceremonias nupciales que ten-

drían lugar en la Catedral á las 12 del 8 de Diciembre de 1890, y al baile esa misma noche en los salones de la familia de Almagro.

Todas las tiendas exhibían lujosos caprichos en bronce, en seda y diamantes. Las mil bellezas josefinas entraban y salían de los almacenes de la Avenida Central y calle 12, haciendo sudar el quilo á los dependientes colombianos y españoles, (que no hay otros en San José.) ¡Qué ventas las realizadas por Uribe y Batalla, y los Cardona y don Francisco Castro y don Jesús Alfaro! Verdad es que algunos géneros fueron devueltos á sus vendedores porque no había suficiente tela para vestir á una sola mujer!!! Qué de *bolas* y de exageraciones de parte de los dependientes, que pedían diez veces más de lo que habían costado las mercancías. Sederías de León de cinco francos el metro, fueron vendidas á seis pesos vara, y así en los demás objetos de lujo. Uno de los más grandes salones de Almagro lo llenaban los regalos de boda que allí se mostraban con el nombre de los donantes. ¿Qué van á hacer esas dos parejas con diecisiete lámparas de canfín? *El Pabellón Liberal* aseguraba que en el salón susodicho había por más de diez mil pesos en obsequios, la mayor parte inútiles para los recién casados.

A las 12 del día, la aglomeración de gentes era tanta en Catedral, que casi no podía acercarse á ver á los novios, pero sí pudieron oírse las recomendaciones del sacerdote á los actores del drama; recomendaciones que debían suprimirse por obscenas é impropias para ser oídas y comentadas por un público compuesto en su mayor parte de niñas inocentes que no comprenden exhortaciones tan fuera del tiesto.

Hace treinta días que todas esas ceremonias

pasaron, como pasa todo en este pícaro planeta.

El amor, prestidigitador sin rival, había hecho del humilde carpintero un patricio distinguido, y del joven gomoso y aristocrático, un agricultor de Aldea. Rafael es hoy diputado, accionista del Banco de Costa Rica, comerciante inteligente, ciudadano influente y patriota á *outrance*. Jorge Palacios es Munícipe, Presidente de la Unión Católica en San Joaquín y miembro de la Junta de Educación.

Mercedes es un poco devota, y grande admiradora de los Príncipes de la Iglesia, con ó sin la Púrpura. Elena, al contrario, es cuasi libre pensadora; le encantan los liberales, defiende la masonería y maldice á los hipócritas y socarrones; pero ambas mujeres son amables, caritativas y virtuosas; adoran á sus maridos y se desviven por complacerlos y hacerles fácil y grata la vida conyugal.

FIN